

III

Durante el sueño de Cosette y Santos.

Juan Valjean volvió á entrar en la casa con la carta de Mario. Subió la escalera á tientas, satisfecho de las tinieblas como un buho que lleva ya su presa; abrió y cerró suavemente la puerta, escuchó si se oía algún ruido, se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y Santos dormían, consumió tres ó cuatro pajuelas fosfóricas, de aquellas antiguas, antes de producir la luz; tanto le temblaba la mano! porque había algo de robo en lo que acababa de hacer.

Por fin, encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel, y leyó:

En las emociones violentas, no se lee, se atropella, por así decirlo, el papel; se le oprime como á una víctima; se le estruja; se le clavan las uñas de la cólera ó de la alegría; se corre hacia el fin; se salta al principio; la atención es febril; comprende en conjunto, sobre poco más ó menos, lo esencial; se apodera de un punto, y todo lo demás desaparece.

En la carta de Mario á Cosette, Juan Valjean no vió más que estas palabras:

"... Muero; cuando leas esto, mi alma estará á tu lado".

Al ver ese renglón sintió un deslumbramiento horrible; se quedó un instante como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él; miraba la carta de Mario con una especie de asombro embriagador; tenía ante sus ojos aquel esplendor, la muerte del sér aborrecido.

Dió un terrible grito de alegría interior.

Así, pues, todo estaba ya terminado. El desenlace llegaba más presto de lo que él se habría atrevido á esperar.

El sér que oponía un obstáculo á su destino desaparecía, y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hubiera hecho nada para conseguirlo; sin que fuese culpa suya, "aquel hombre" iba á morir; quizá había ya muerto.

Aquí su fiebre comenzó á echar cálculos.

No, no ha muerto todavía. Esta carta ha sido escrita indudablemente para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de las dos descargas que he oído entre once y doce no ha habido nada, la barricada no será atacada formalmente hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que "ese hombre" se ha metido en esa guerra, está perdido; será arrastrado por el engranaje de sus ruedas.

Juan Valjean se sentía desembarazado; iba á encontrarse de nuevo solo con Cosette; cesaba la competencia; empezaba de nuevo el porvenir.

No tenía que hacer más sino guardarse aquella carta en el bolsillo, y Cosette no sabría nunca lo que había sido de "aquel hombre".

"No hay más sino dejar que las cosas se cumplan. Ese hombre no puede escapar. Si no ha muerto ya, es seguro que va á morir. ¡Qué dicha!"

Diciendo todo esto allá en su interior, se puso sombrío.

Bajó y despertó al portero.

Como cosa de una hora después, Juan Valjean salía vestido de guardia nacional y armado.

El portero había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su equipo.

Llevaba, pues, un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos.

Dirigióse hacia los Mercados.

IV

El exceso de celo de Gavroche.

Entretanto, acababa de pasarle una nueva aventura á Gavroche.

Después de haber apedreado al farol de la calle de Chaume, llegó á la de Vieilles-Haudriettes, y no viendo ni un "perro" siquiera, creyó que era buena ocasión de entonar todas las canciones de que era capaz.

Su paso, lejos de acortarse con su canto, se aceleraba.

Y echó á volar á lo largo de las casas dormidas ó aterradas estas coplas incendiarias:

Medita el ave en las sombras,
pretendiendo que fué Atala
ayer, de un ruso en campaña.....

Donde van las buenas mozas.

Lon la.

Mucho, Perico, alborotas
por Mila en noche buena
me llamó junto á su reja.....

Donde van las buenas mozas.

Lon la.

Las garbosas picaronas
lanzan de sus ojos chispas
que acabarán con Orfila.

Donde van las buenas mozas.

Lon la.

Viva el amor y sus bromas,
vivan Inés y Panela;

Lisa ardió dando candela.
 Donde van las buenas mozas.
 Lon la.

Dije cuando ví de Concha
 y Susana la mantilla,
 entre sus pliegues me lien.
 Donde van las buenas mozas.
 Lon la.

Amor, que cubres de rosas
 á Juana en tu selva amena,
 mira que así me condenas.
 Donde van las buenas mozas.
 Lon la.

Estando á tu espejo, Lola,
 poniéndote la camisa,
 el corazón se me iba
 Donde van las buenas mozas.
 Lon la.

Dejando el baile á deshora,
 mirad á Luz mi lucero,
 digo á las luces del cielo.
 Donde van las buenas mozas.
 Lon la.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima.
 El gesto es el punto de apoyo del estribillo.

Su semblante, repertorio inagotable de muecas, hacía gestos más convulsivos y fantásticos que las bocas de un lienzo agujereado durante un vendaval.

Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era visto ni visible. Existen muchas riquezas perdidas de este jaez. De repente se detuvo, diciendo:
 —Interrumpamos la canción.

Acababa de distinguir en el hueco de una puerta cochera lo que se llama en pintura un grupo, es decir, un sér y una cosa; era la cosa un carretón de mano, y el sér un auvernés que dormía en él.

Los brazos del vehículo se apoyaron en el suelo, y la cabeza del auvernés en la tabla del carretón.

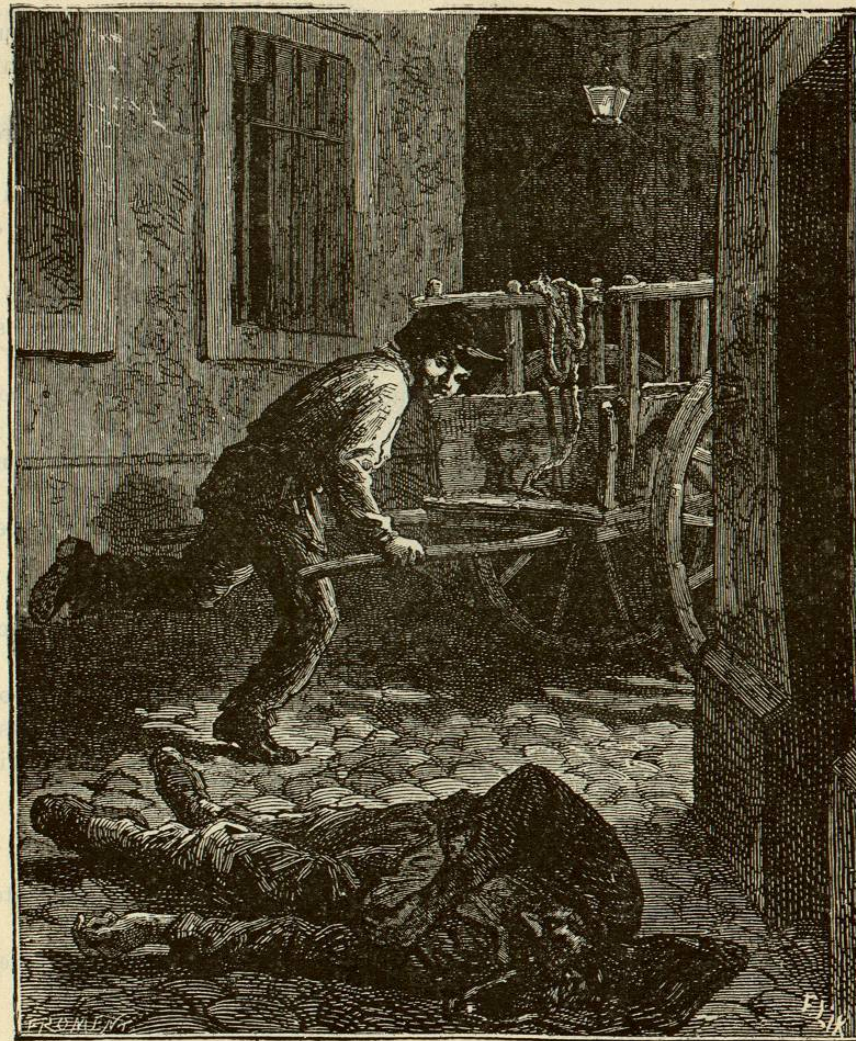
Tenía el cuerpo arremolinado en aquel plano inclinado, y los piés tocando el suelo.

Gavroche, con su experiencia de las cosas de este mundo, conoció que estaba borracho.

Era, sin duda, algún mozo de cordel que había bebido demasiado, y dormía demasiado también.

—Ahí se vé,—pensó Gavroche,—para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carretón; pues yo cojo el carretoncillo para la república y dejo el auvernés á la monarquía.

Habíase iluminado de repente su inteligencia con esta idea:



—El carretón representaría un buen papel en nuestra barricada.

El auvernés roncaba.

Gavroche separó suavemente el carretón por detrás, y el auvernés por delante, es decir, por los piés, y al cabo de un minuto, el pobre hombre, imperturbable, reposaba de plano sobre el suelo.

El carretoncillo estaba libre.

Gavroche, acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, lo

llevaba siempre todo consigo; metió la mano en el bolsillo, y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo escamoteado á algún carpintero, y escribió:

“República francesa:”

“Recibí tu carretón.”

Y firmó: “GAVROCHE.”

Hecho esto, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguía roncando; cogió el carretón, y partió hacia el Mercado, empujando el vehículo á gran galope y alborotando en aire triunfal.

Esto era peligroso, porque en la Imprenta Real había un cuerpo de guardia. Gavroche no pensó en ello.

Aquella guardia la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban á despertar, cuyas cabezas iban levantándose sobre las almohadas de la cama de campaña.

Los faroles rotos á pedradas y aquel cantar á gritos, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas como aquellas, que desean acostarse al ponerse el sol y apagan las luces muy temprano.

Hacia una hora que el pilluelo estaba metiendo en el barrio el mismo alboroto que un moscardón en una botella.

El sargento jefe de la guardia estaba escuchando, y esperaba. Era un hombre prudente.

El estrépito del carretón rodando, llenó la medida de su espectación posible, en vista de lo cual determinó el sargento hacer un reconocimiento, diciendo:

—¡Viene toda una partida! Vayamos despacio.

Era claro que la hidra de la anarquía había salido de su agujero, y se revolvió por el barrio.

El sargento se aventuró á salir fuera del cuerpo de guardia con sordo paso.

De repente Gavroche, empujando su carretón en el instante en que iba á desembocar en la calle de Vieilles Haudriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo por segunda vez, y exclamó:

—¡Calle! ¡Es él! Buenas noches, orden público.

Las admiraciones de Gavroche eran siempre breves, y se pasaban pronto.

—¿Adónde vas, granuja?—gritó el sargento.

—Ciudadano,—dijo Gavroche,— aún no os he llamado señor. ¿Por qué me insultais?

—¿Adónde vas, renacuajo?

—Señor mío,—respondió Gavroche,—ayer erais tal vez un hombre de talento, pero le habeis perdido esta mañana.

—Te pregunto ¿que adónde vas, tunante?

Gavroche respondió:

—¡Vaya un modo de hablar! Nadie os concedería los años que teneis. Deberíais vender vuestros cabellos á cien francos la pieza, y así os ganaríais quinientos francos.

—¿Adónde vas, adónde vas? ¿Adónde vas, bandido?

Gavroche replicó:

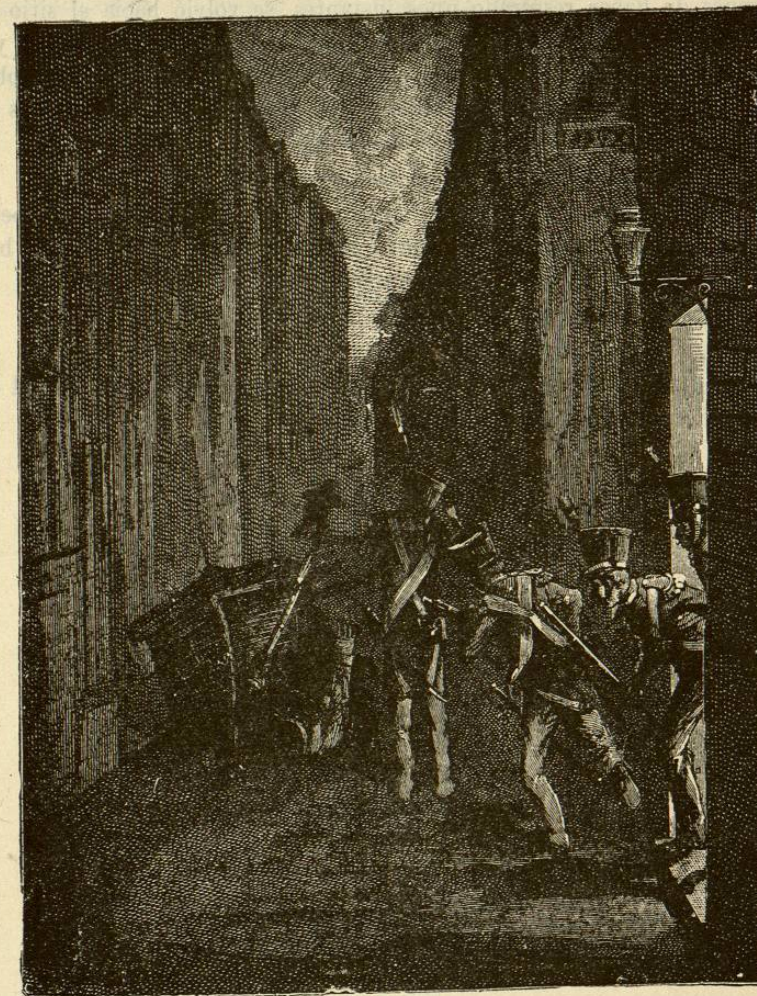
—¡Vaya unas palabrotas! La primera vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento cruzó la bayoneta.

—¿Me dirás por fin adónde vas, miserable?

—Mi general,—dijo Gavroche,—voy á buscar al comadrón para mi esposa, que está de parto.

—¡A las armas!—gritó el sargento.



Salvarse con lo mismo que ha sido causa de su perdición, es la sublimidad de los hombres fuertes; Gavroche midió de una ojeada toda la situación; el carretoncillo le había comprometido; el carretoncillo debía protegerle.

En el momento en que el sargento iba á caer sobre Gavroche, el carretón convertido en proyectil y empujado á toda fuerza, rodaba sobre él con furia, y dándole en medio del vientre le derribó hacia atrás en el arroyo, al mismo tiempo que se disparaba su fusil en el aire.

Al grito del sargento salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de

guardia; el tiro dió motivo á una descarga general al acaso, después de la cual cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Este fuego á la gallina ciega duró un buen cuarto de hora, y mató no pocos cristales.

Entre tanto, Gavroche, que había retrocedido corriéndolo, se detuvo cinco ó seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guarda-cantón de la esquina de la d'Enfants Rouges.

Allí se puso á escuchar.

Después de haber respirado unos instantes, se volvió hácia el sitio donde se oía el fuego graneado, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz, y la lanzó tres veces hácia adelante, golpeándose con la derecha en la nuca; gesto soberano en el que la pillería parisiense ha condensado la ironía francesa; y que es evidentemente eficaz, puesto que dura hace ya medio siglo.

Una amarga reflexión turbó aquella alegría.

—Sí,—dijo,—me desternillo, me muero de risa, reviento de gozo; però pierdo camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Mientras llegue á tiempo á la barricada! Y luego emprendió nuevamente su carrera.

Así corriendo volvió á decir:

—¡Ah! ¿Y dónde estaba yo?

Entonó otra vez su canción, atravesando rápidamente las calles. El canto de Gavroche fué extinguiéndose en las tinieblas.

Pero restan espantosas
Bastillas que derribar
lentro del orden actual. . . .

Donde van las buenas mozas
Lon la.

¿Quién juega á bolos, ó bolas!
y el viejo mundo se hundía
cuando el gran bolo corría.

Donde van las buenas mozas
Lon la.

Vieja plebe bonachona,
lanza del Louvre enseguida
á la torpe monarquía.

Donde van las buenas mozas
Lon la.

Las verjas viejas ve rodando
Carlos X se vino abajo
al santo suelo rodando.

Donde van las buenas mozas
Lon la.

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de dar su resultado. El carretón fué conquistado, y el borracho hecho prisionero. El primero fué embargado, y el segundo no dejó de ser perseguido después ante un consejo de guerra como cómplice.

El ministerio público dió pruebas en semejante ocasión de su infatigable celo para la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que se conserva en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, tituliéndose en su memoria:

“Ataque nocturno del cuartel de la Imprenta Real.”



La historia del estado de Coahuila en el siglo de la independencia. El estado fue conquistado y el territorio perteneciente al primer de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al segundo de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al tercer de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al cuarto de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al quinto de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al sexto de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al séptimo de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al octavo de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al noveno de los estados de Coahuila y de Durango. El territorio perteneciente al décimo de los estados de Coahuila y de Durango.



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

